

LA LOCURA QUE SALVA

1 Corintios 1:18-25

Introducción

1. El repiquetear de la vieja campana de la iglesia central, en medio de la tarde otoñal, anunciaba el inicio de los rituales conmemorativos del llamado Viernes de la Pasión. De esa manera ocurría todos los años, en aquella pequeña ciudad del interior. En poco tiempo, la procesión estaba ya en las calles.

El reverente silencio era quebrado solamente por los pasos lentos de hombres, mujeres, muchachos, señoritas y niños, todos con aire de contrición; y por la voz del solista que dirigía el canto litúrgico.

Una escena, especialmente, llamaba la atención: un hombre bastante anciano acompañaba desde muy cerca el carro sobre el que era conducida la escultura de Jesús cargando en sus hombros la cruz. Aquel hombre lloraba copiosamente, como si estuviera acompañando el entierro de un familiar muy querido.

2. ¿Qué comprensión podría tener aquel buen viejito sobre el sacrificio de Jesús? ¿Qué significa, para nosotros, la cruz de Cristo?

I. El mensaje de la cruz

1. En los días del Imperio Romano, la pena de muerte por crucifixión era la más vergonzosa y la que inspiraba mayor angustia. Solamente era aplicada a los esclavos, los depravados, la escoria social o a alguien que hubiera sido hallado culpable de un crimen horripilante.

a. Los sufrimientos a los que eran sometidos los condenados antes de la crucifixión eran realmente crueles. Recibían azotes, tenían el cuerpo desgarrado y eran obligados a cargar la pesada cruz sobre la carne herida. Podían ser atados o clavados en el madero. En el primer caso, la muerte era más lenta, generalmente ocurría unos tres días después, por el hambre y la sed. Jesús fue clavado en la cruz; los ladrones, atados.

2. Los griegos y los judíos, cerrados en sus filosofías y tradiciones, consideraban loca y ofensiva la idea de que una persona pudiera encontrar la salvación en alguien que había sido muerto en una cruz romana.

a. Sin embargo, “lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte” (1 Cor. 1:27).

b. Aunque cerca de dos mil años nos separen del drama que tuvo su clímax en el Calvario, tal acontecimiento tiene que ver con todas las personas, de todas las épocas y de todos los lugares. Incluso la humanidad actual, con todo su progreso intelectual, científico y tecnológico, necesita reflexionar sobre lo que la Cruz tiene para decirle.

c. Nuestra sociedad necesita saber que, en el Calvario, un Inocente se ofreció para morir, a fin de pagar la deuda pecaminosa de la humanidad.

II. La muerte de un inocente

1. Se cuenta que un hombre tuvo un sueño en el que observaba a un verdugo con ropas de soldado romano azotando a Jesús. Ambos, el verdugo y el Señor, estaban de espaldas hacia él. Al no soportar más la dolorosa escena, el soñador decidió impedir que continuara aquel accionar. Se sorprendió, sin embargo, al asir la mano del verdugo, porque cuando este se dio vuelta, el hombre vio que el rostro del soldado era el suyo.

Cada uno de nosotros es responsable por los sufrimientos y la muerte de Cristo. Fuimos nosotros quienes lo azotamos. Fuimos nosotros quienes lo coronamos con espinas. Fuimos nosotros, por nuestros pecados, quienes lo clavamos en la cruz (Isa. 53:4, 5).

2. Pilato, el gobernador romano al servicio de los judíos, ordenó que se fabricara la cruz y los clavos para Barrabás (Mat. 27:15-26). Ese mismo día, los judíos le trajeron a Jesús, acusado de blasfemia y sedición. Después de interrogarlo, el gobernador quedó más que convencido de su inocencia. Pensó en liberarlo, pero mediante veredicto popular. El pueblo iba a decidir la cuestión “democráticamente”.

b. Barrabás seguramente imaginaba que había sido sacado de la prisión con la finalidad de ser llevado al lugar de su ejecución. Sin

embargo, pusieron a su lado a un desconocido, coronado con espinas, con las manos atadas a su espalda.

c. Entonces Pilato preguntó a la multitud: “¿Quiéren que les suelte al Rey de los judíos o a Barrabás?” Esperaba que la respuesta fuese un lógico: “Jesús”. Pero algo salió mal. La multitud prefirió liberar a Barrabás y crucificar a Jesús. Envuelto por los lazos de su propia trampa, Pilato tuvo que cumplir con la sentencia popular.

3. Nos parecemos más a Barrabás que a Jesús. Pero, tal como en el caso del sedicioso judío, Jesús ocupó nuestro lugar. El salvador sufrió la muerte que nosotros teníamos como destino.

III. Poder que transforma

1. Esta es el fascinante mensaje de la Cruz. Locura y ofensa para el mundo, “pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Cor. 1:18). Mensaje que libera, que hace que el pecador reconozca la enormidad de su culpa y le presenta un maravilloso Salvador, asegurándole el perdón y la aceptación de parte de Dios.

2. Esta locura, en realidad, obra milagros. Transforma vidas disolutas en verdaderas joyas espirituales.

3. El mensaje de la Cruz nos señala el camino para una vida mejor. Trajo al Rey del cielo al mundo y, con él, dio a esta Tierra el gozo de la salvación. Es así que encontramos el bálsamo para las heridas espirituales de nuestra existencia terrena. Es al pie de la cruz que comprendemos la magnitud del amor de Dios.

Conclusión

Por eso, hagamos nuestras las palabras del apóstol Pablo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gál. 6:14).

Zinaldo Santos, pastor jubilado, reside en Tatuí, San Pablo. Rep. del Brasil.◀